

## Capítulo 139

Cuando comenzó la batalla entre Rikrakamur y Alon.

«¡Muchas gracias, santo!».

«No es por mí, sino gracias a la gracia de Sironia».

Otra ola monstruosa fue repelida por las murallas de la fortaleza en la frontera.

«¡Sí...! ¡Gracias a la gracia de Sironia, casi no hubo víctimas!».

«Qué alivio».

Yuman respondió así, mirando hacia abajo, más allá de las murallas de la fortaleza.

Lo que le llamó la atención fueron los soldados que retiraban los cadáveres de los monstruos bajo las murallas reparadas apresuradamente, que habían sido destruidas hacia solo unos días, así como las secciones aún incompletas de las fortificaciones.

«¿Cuándo se espera que lleguen los magos?».

«Se les ha contactado con urgencia y están en camino, pero parece que aún tardarán un poco».



«Eso es preocupante».

La expresión de Yuman se ensombreció.

«Por ahora no es un problema grave, pero...».

Desde que la expedición partió para cazar a Rikrakamur, Yuman había repelido dos oleadas de monstruos y lo había hecho con relativo éxito.

Sin embargo, el motivo de su inquietud eran las murallas de la fortaleza, que seguían dañadas.

«Si las murallas hubieran estado intactas, quizá no habría habido ninguna víctima...».

Incluso con Yuman ahora formando parte de las fuerzas aliadas, siguieron produciéndose víctimas.

Por mucho que se repararan las murallas, los monstruos tenían una extraña habilidad para volver a atravesarlas.

Ni siquiera alguien como Yuman podía devolver la vida a un soldado muerto en un instante.

«Espero que los magos lleguen lo antes posible».

Por supuesto, el número de víctimas fue reducido.



Haber repelido las oleadas con pérdidas tan mínimas fue una hazaña significativa.

Sin embargo, para Yuman, el número de víctimas no importaba tanto como la pérdida de una sola vida.

Lo que importaba era laantidad de la vida humana.

La mera existencia de víctimas pesaba mucho en su corazón.

Después de todo, él era el Santo.

Bajó la mirada y observó con atención los cuerpos de los soldados entre los cadáveres de los monstruos.

Aunque el estado de los cuerpos era espantoso, no apartó la vista. Con calma, transmitió sus condolencias.

Una vez que la limpieza estuvo más o menos terminada.

Mientras discutía con el ayudante de Kiriana sobre cómo defenderse de la siguiente oleada de monstruos.

«... ¿Ha aparecido alguien en el norte?».

«Bueno, no es un rumor fiable, pero...».

Escuchó una historia bastante peculiar.



«... Entonces, cuando los soldados patrullaban la frontera, vieron algo parecido a una persona en el norte. ¿Es eso correcto?».

«Sí, solo es un rumor entre los soldados. No tienes por qué preocuparte demasiado. Solo lo mencioné porque se me ocurrió».

«... Si no te importa, ¿podrías contarme más detalles al respecto?».

La expresión de Yuman se volvió seria.

El asistente, que había sacado el tema de manera informal para aligerar el ambiente, parecía desconcertado, pero continuó con la historia.

Un momento después.

«Entonces, ¿hay un rumor de que alguien con cabello blanco fue visto en la zona del cañón de la región norte?».

«Sí, pero como sabes, es poco probable que haya alguien en la zona fronteriza. Tanto nosotros como el Imperio la mantenemos bajo estricto control. Aunque el informe llegó a Kiriana, la mayoría lo descartó como una alucinación».

«Hm».

«Sin embargo, tras la llegada del cardenal Yutia...».

El asistente hizo una breve pausa antes de continuar.



«Los soldados que vieron la figura afirmaron que se parecía al cardenal Yutia... bueno, eso es lo esencial».

«...».

«Ja, ja, dicho en voz alta, suena como un rumor absurdo. Después de todo, no tiene sentido que el cardenal esté allí».

El asistente se rascó la cabeza con torpeza, señalando que los soldados solo habían visto la figura desde una distancia considerable, lo que hacía que el relato fuera menos creíble.

Pero Yuman, al escuchar la historia, permaneció en silencio.

...

Reflexionó profundamente, mirando hacia el norte, donde probablemente se libraba una feroz batalla.

\*\*\*

Un enorme cristal cayó en picado, atravesando el cuerpo de Rikrakamur y provocando una explosión, con escarcha floreciendo bajo la luz azul de la luna.

!!!!

Rikrakamur soltó un grito escalofriante y se retorció violentamente.



Con un solo golpe de su cola, arrasó los árboles circundantes. De su afilada boca salieron zarcillos en forma de agujas, que se esparcieron frenéticamente en todas direcciones.

Incluso sus movimientos más leves sacudían el suelo como si todo el continente estuviera sufriendo un terremoto.

Entre los gritos monstruosos, los ojos carmesí de Rikrakamur ardían.

Ojos desprovistos de razón.

De la cola del colosal y aerodinámico cuerpo comenzó a brotar una sustancia viscosa y negra.

Al igual que el limo que Alon había descubierto anteriormente en las puertas del castillo, este consumía todas las formas de magia.

Esta era una habilidad única que solo poseía el monstruoso Rikrakamur, y que hacía ineficaces los poderes de todos los magos.

En un instante, el enorme cristal de hielo que Alon había creado se derritió y desapareció.

El cristal, que había atravesado con precisión el cuerpo de Rikrakamur, se desvaneció.

La magia que Alon había creado combinando la autoconstrucción aplicada y la hechicería quedó anulada por las irracionales leyes del mundo otorgadas al monstruo.



Desapareció, como un espejismo.

Incluso en medio de esta irracionalidad, Alon preparó su siguiente hechizo.

Habiendo anticipado el comportamiento de Rikrakamur desde el principio, Alon siguió confiando en su capacidad para ganar.

Alon comprobó sus reservas mágicas.

Aunque solo había manifestado magia durante unos dos segundos para conservar energía, su maná ya se había reducido a la mitad.

Era suficiente para lanzar varios hechizos pequeños.

Pero era demasiado poco para crear una magia lo suficientemente potente como para dañar eficazmente a Rikrakamur.

Aun así, no importaba.

Habiendo herido ya a Rikrakamur y obligándolo a arrasar el pantano visible, el plan de Alon se estaba desarrollando a la perfección.

«Unidad de las Sombras».

Mientras Alon murmuraba en voz baja, la pequeña criatura que momentos antes había estado escondida en el bolsillo de su pecho saltó, con el cuerpo ahora cubierto de ojos carmesí.



La cola de la criatura se deslizó por la mano de Alon y se hundió en el suelo en un instante.

Levantando la mano, Alon lanzó otro hechizo para desplegar un escudo.

Pronto, un proyectil de un bosque fantasma fue disparado hacia el escudo en la mano de Alon.

Con un fuerte estruendo, el cuerpo de Alon salió disparado por los aires.

Tras escapar del alcance del limo negro, Alon miró hacia delante.

Allí, mirándolo con sus escalofriantes ojos rojos, estaba Rikrakamur, dos veces más grande que el temible dragón dorado Lainisius.

Por un momento, una pregunta pasó por la mente de Alon, pero sus manos formaron instintivamente sellos.

«Refracción, Repulsión, Luz Azul».

Las palabras fluyeron de sus labios casi automáticamente.

La velocidad con la que lanzaba sus hechizos se había vuelto notablemente más rápida que antes.

Entonces.

«Difracción lineal».



Como lanzar una piedrita.

Alon disparó la luz azulada que se formó en la punta de su dedo.

No contra Rikrakamur.

Sino hacia el suelo fracturado e inestable bajo los movimientos violentos del monstruo.

¡Kwaaang!

El rayo de la mano de Alon golpeó el suelo.

Aunque el hechizo era pequeño e insuficiente para dañar directamente a Rikrakamur,

esa pequeña fuerza penetró en el suelo del pantano, ya agrietado e inestable.

¡Boom-Kuugugugug!

El pequeño impacto provocó un derrumbe del suelo.

¡Kwaaaaang!

El enorme cuerpo de Rikrakamur comenzó a ser arrastrado hacia el abismo.



\*\*\*

Kiriana miraba fijamente en una dirección.

No era la única.

Los caballeros y los soldados, todos miraban al mismo lugar.

Era donde se encontraba el marqués Palatio.

Vestido con un abrigo negro ondulado y sombrío, con la mano izquierda envuelta en un aura gris ceniza mientras flotaba en el aire, su presencia era tan impactante que nadie podía apartar la mirada.

Bajo la digna y radiante figura del marqués Palatio,

incluso los caballeros y soldados, que se habían aterrorizado con solo ver a Rikrakamur, e incluso Kiriana, que sentía un temor reverencial que superaba al miedo, observaron cómo Rikrakamur caía al suelo derrumbado.

¡Kwaaaaak—!

El ruido ensordecedor rugió tan fuerte que pareció que los tímpanos iban a estallar.

El temblor fue tan fuerte que los soldados y caballeros tropezaron y cayeron, incapaces de mantener el equilibrio.

Sin embargo, sus ojos permanecieron fijos en la escena.

Mientras Rikrakamur era arrastrado al abismo, cuyo fondo no se veía, la imagen del marqués Palatio, en marcado contraste, los llenó de una reverencia abrumadora.

En ese mismo momento, mientras todos miraban fijamente a una sola figura,

«... Ah...».

En el borde del pantano,

En el denso bosque,

en un lugar al que nadie había prestado atención todavía...

Yutia contemplaba al marqués Palatio con una expresión casi extasiada, admirando su figura.

Detrás de ella...

Crujido... ¡Crack!

El sonido de huesos aplastados acompañado de gritos agonizantes resonó en el aire.

Al oír el ruido que perturbaba su admiración, giró la mirada en silencio.

Allí yacían esparcidos los monstruos.



Un duende con todo el esqueleto destrozado, incrustado en el suelo como un muñeco de papel.

Un orco con la piel desollada.

Un gnoll con todo el cuerpo grotescamente retorcido en múltiples direcciones.

Un oso búho que se había empalado el cuello con ambos brazos.

La zona estaba llena de cadáveres, con formas grotescas destrozadas como si las hubiera triturado una picadora.

¿Docenas de cadáveres?

No.

¿Cientos?

Sigue sin serlo.

Detrás de Yutia yacían suficientes cadáveres como para formar un enorme perímetro alrededor del borde del pantano.

Y...

«Grrrk».



En medio de la carnicería, la única criatura que seguía haciendo ruido era...

Un troll, de tamaño enorme en comparación con los demás, con el cuerpo grotescamente doblado y contorsionado, pero aún vivo gracias a su imposible poder regenerativo.

Envuelto en zarcillos negros, se vio reducido a un terror instintivo, con los ojos llenos de miedo primitivo mientras miraba a Yutia.

Ella se llevó suavemente el dedo índice a los labios.

«Ay, debemos estar callados ahora. No debemos causar molestias, ¿verdad?».

Sonriendo como si tranquilizara a un niño asustado, Yutia se acercó al monstruoso troll, deslizándose hacia él.

Sus ojos carmesí brillaban bajo la pálida luz azul de la luna.

«Ahora, no me mires a mí. Mira hacia allá».

¡Crujido, crujido!

Los zarcillos enroscados alrededor del cuello del troll le obligaron a girar la cabeza, dirigiendo su mirada hacia la lejana figura del marqués Palatio.

¡Grrraaaaah!

El troll soltó un grito de dolor.



Pero...

¡Caramba!

Los zarcillos le agarraron la mandíbula y le cortaron la lengua protuberante.

Retorciéndose en un dolor insoportable, el troll se vio obligado una vez más a mirar en dirección a Palatio por culpa de los tentáculos.

Huff... Huff.

Jadeando de miedo, giró los ojos para mirar a Yutia.

En medio de la horrible escena, los labios de Yutia permanecieron curvados en una sonrisa serena.

«Ahora, ofréceles también tu reverencia y tu fe».

Susurró suavemente.

«La reverencia y la fe que él merece».

Con calma,

«A mi único y verdadero dios».

Ella ordenó.